

consonni

**Miren Agur
Meabe**

Quema de huesos



«Un libro de relatos en el que cada historia toma consistencia de fábula, poniendo una leve luz sobre los matices de la vida de una mujer que intenta apañárselas para hacerla habitable». —**Laura Casielles, *La marea***

«Miren Agur Meabe es una escritora que ha cultivado casi todos los géneros literarios: la literatura infantil y juvenil, poesía, novela, narración breve. Gran parte de su obra se mueve dentro de la literatura del yo, pero, lejos de caer en la autocomplacencia y la exacerbación del ego, realiza un ejercicio implacable de disección de lo humano, con todas sus miserias incluidas». —**Beñat Sarasola, *Ctxt***

«Meabe nos trae *Quema de huesos*, un conjunto fragmentario y completo al mismo tiempo, compuesto por 21 cuentos que responden a un todo. La prosa poética propia de esta escritora se capta en este libro, y se escucha también, ya que las palabras que elige y su cadencia añaden musicalidad a la historia de la protagonista. A la historia de sus huesos. A la vida vista como un montón de huesos. Y precisamente es esa pila de huesos clavados en el pasado y en la memoria (y, por ende, en el cuerpo) la que se dispone a quemar, a quemar y a convertir en nutriente para que las cosas buenas no se pierdan». —**Alaitz Andreu, *Aizu!***

«El tema que prevalece de narración a narración, de tesela a tesela, es el de la libertad: la consecución de la soberanía tanto en lo personal como en lo profesional. El derecho y la posibilidad de una mujer de vivir su vida a su manera, sin

tener que dar explicaciones ni pedir perdón, sin ser juzgada por sus actos». —**Estibalitz Ezkerra, Gara**

«En la base del propio carácter se halla la memoria, y esta escritora utiliza y adapta sus recuerdos personales para escribir estas historias ofreciendo un libro emocionante.

Estos relatos de Meabe tienen el don de despertar sentimientos... Y además están brillantemente escritos». —

Javier Rojo, El Diario Vasco

«La forma en que Miren Agur Meabe aborda las vicisitudes de la vida es hermosa, impecablemente cuidada: amistad, soledad, desesperación, desengaños, dolencias del alma y del cuerpo, etc. [...] Resulta imposible decir nada sobre este libro sin antes mencionar que Miren Agur Meabe trabaja la escritura como una orfebre». —**Txema Arinas,**

uberan.eus

«Los principales rasgos del universo narrativo de Meabe son la transparencia del estilo, la delicadeza estética [...], las agrídulces relaciones respecto al sexo o la facultad de sugerir la amargura de la existencia a través de una memoria detallada. No faltan gotas de ironía. [...] Para su viaje, además, no ha escogido mala compañía: Virginia Woolf (“Imposible encontrar la vida si se la evita”), Aldous Huxley, Rachel Cusk, Colette...». —**Hasier Rekondo, Deia**

«Se trata de una narración, una red de cuentos o novela fragmentada con enlaces de ida y vuelta; ficción, si utilizamos el término anglo; autoficción, si tenemos en cuenta que los hechos y los personajes, nacidos en la realidad, se materializan en la ficción. [...] Conoceremos en estas páginas a “la chica de ayer y la mujer de hoy”

dedicada a saldar deudas, elaborando sus duelos por escrito, viajando entre el pasado y el presente para emprender el camino hacia el futuro con limpieza y ánimo».

—**Amaia Alvarez Uria, *Argia***

«Muchos pasajes del libro *Quema de huesos* de Miren Agur Meabe me han dejado un nudo en el estómago. Me atreveré a decir que es un libro que no deja indiferente. [...] Meabe es una excelente escritora, como demuestra una vez más. [...] Este libro es a veces tan implacable como pueda ser o pueda parecernos la vida a veces. Digo “a veces” por no decir siempre. Implacable en su transparencia, en su sentido trágico». —**Peru Iparragirre, *Berria***

Quema de huesos

Miren Agur Meabe (Lekeitio, 1962) escribe tanto para el público adulto como infantil-juvenil.

Ha recibido, entre otros, el Premio de la Crítica por los poemarios *Azalaren kodea* en 2001 (*El código de la piel*) y *Bitsa eskuetan* en 2011 (*Espuma en las manos*), así como el Premio Euskadi de Literatura Juvenil en tres ocasiones.

Su novela *Kristalezko begi bat* (*Un ojo de cristal*) ha sido traducida a varias lenguas.

En 2020 publicó el poemario *Nola gorde errautsa kolkoan* (*Cómo guardar ceniza en el pecho*), Premio Nacional de Poesía 2021.

A lo largo de su trayectoria ha participado en numerosos encuentros internacionales, como el Dublin Festival Writers (2003), XXI Festival Literario de Vjlenjca (Eslovenia, 2006), Festival de Edimburgo (2007 y 2019), Basque Studies Center de Santa Bárbara y Reno (2008), Feria de Fráncfort (2009), Reading Month Festival de Europa Central (2016), Feria del Libro de Miami (2016), Hay Festival (Arequipa-Perú, 2018), Día Internacional de las Lenguas de Europa (Cervantes-París, 2019), Congreso Iberoamericano de Nueva Delhi (2019), Transpoésie (Bruselas, 2020), etc.

Se dedica también a la traducción literaria y ha versionado al euskera a la poeta iraní Forough Farrokhzad y a la novelista ruandesa Skolastique Mukasonga, además de un largo listado de obras infantiles y juveniles.

Como traductora al castellano, destaca *Basa*, de Miren Amuriza, en esta misma editorial.



Fotografía: José Madrid Santurtun

Quema de huesos

Miren Agur Meabe



Autoría y traducción **Miren Agur Meabe**
Corrección **Beatriz Morales Bastos**
y **Sonia Berger**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Ida Applebroog**
Producción ePub **Bookwire**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
noviembre de 2021, Bilbao

eISBN: 978-84-16205-87-5

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons CC Reconocimiento-NoComercial-SinObra-Derivada 4.0 Internacional CC BY-NC-ND 4.0. Los textos, edición, traducciones e imágenes pertenecen a sus autoras/es.

Edición original en euskera: *Hezurren erretura* de Miren Agur Meabe, Susa literatura, 2019

Imagen de cubierta: **Ida Applebroog**, *Mercy Hospital*, 1969, 45,72 x 30,48 cm. Tinta de acuarela y lápiz sobre papel. Cortesía de la artista y Hauser & Wirth.

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco; y este ebook es un proyecto financiado por Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte.



GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE



Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

A Joanes, mi hijo, por la luz.

Nunca he viajado rápido,
pero he viajado,
el dolor de mis huesos cambia
cada cien metros,
y nadie sabe como yo qué es un kilómetro.
—Fabio Morábito

Recordar, releer, transformar el recuerdo:
la alquimia que nos da el don de reinventar
nuestro pasado.
—Valeria Luiselli

Tal vez sean sueños también mis recuerdos.
—Joseba Sarrionandia

Glosario

aita: padre.

aitabitxi: padrino.

aitita: abuelo.

ama, amatsu: madre, mamá.

amabitxi: madrina.

amuma: abuela.

abertzale: nacionalista.

bidegorri: camino peatonal; también ciclovía.

eguzki-lore: carlina, especie de cardo silvestre considerado, según la mitología vasca, protectora del hogar contra los malos espíritus. Literalmente, flor del sol.

euskera o euskara: lengua vasca, vascuence.

ezpata-dantza: danza de espadas ligada a la rendición de honores.

gudari: soldado del Gobierno de Euskadi durante la Guerra Civil española.

ikurrina: bandera vasca.

lauburu: cruz de brazos curvilíneos propia de ciertos pueblos europeos.

maittea: querido, -a.

marmitako: guiso típico cuyo principal ingrediente es el bonito.

pintxo: rebanada de pan sobre la que se coloca una pequeña cantidad de comida, sujeta con un palillo.

talo: tortilla de maíz que se come con chistorra, morcilla, etc.

txapela: boina.

txiki: pequeño, -a; también posee connotación afectiva.

txikito: vaso corto de vino.

txistulari: intérprete del txistu o flauta de tres agujeros.

txoko: rincón, literalmente; por extensión, sede de una sociedad gastronómica.

Akelarre y **Egan:** grupos musicales de los años ochenta.

Anteron txamarrotia: canción de Lekeitio que menciona la chamarra de un vecino llamado Antero.

Euskal Herria: territorio en el que se ha desarrollado la cultura vasca.

Karola: grúa de un antiguo astillero, símbolo del pasado industrial de Bilbao.

Korrika: iniciativa ciudadana festiva a favor de la lengua.

Lanbide: Servicio Vasco de Empleo.

Lauaxeta: seudónimo del poeta y activista Estepan Urkiaga, fusilado en la Guerra Civil.

Nerviión: río que desemboca en Bilbao.

«Nik euskaraz»: eslogan popular favorable al uso de la lengua vasca que significa «Yo en vasco».

Miramar

Las ratas han campado a sus anchas este invierno por aquí. El cuerpo me empieza a picar en cuanto veo los destrozos: los tarros de cerámica hechos añicos y las servilletas convertidas en confeti. Cagarrutas por todas partes, copos sanguinolentos.

—Será porque se han comido la sal —dice mi hijo—. El salero está vacío.

El cable de la radio, las cerillas, las velas aromáticas que encendemos los atardeceres de verano, el papel de aluminio... Han devorado todo lo que han pillado. Le doy un puntapié al capazo volcado en el suelo temiendo que una de esas bestias salga corriendo y me roce los tobillos.

—Ahora no están, salen de noche. El otro día las sentí corretear en el techo... Por dónde habrán entrado. Los cuerpos de las ratas se vuelven flexibles como el humo cuando barruntan que hay comida.

—Seguro que dejasteis algún resto de la última merienda. Ni siquiera pasáis la escoba —le lanzo una pulla.

Me responde como si no me hubiera oído.

—Deberíamos traer un gato.

Huele a polvo húmedo, a cerrado. Las telarañas, gruesas como cordones de zapatos, se multiplican en las vigas. Las

briznas de ladrillo desprendidas del interior de la chimenea han cubierto de una capa cobriza todo el interior de la casita.

—No se puede tener esto quieto tanto tiempo. Si no lo cuidamos entre todos, tendré que venderlo.

Cuidarlo entre todos. Quiénes somos todos. Mi hijo y yo. Sigo trenzando quejas.

—Solo me da gastos: impuestos, las facturas de luz y agua... y los arreglos anuales para mantenerlo medio decente. Mira las paredes, se han vuelto a desconchar.

Es el salitre el que produce las cascaduras: antaño los albañiles mezclaban el cemento con arena de playa.

—Cuidado en la escalera. Se ha hundido un peldaño y asoman clavos.

Antes era distinto venir aquí; ahora, cada vez que vengo es para manejar el rastrillo. Ya no escribo una sola línea. Escribir en el huerto... Eso era antes.

—*Ama*, no entres al baño.

—¿Pues?

Se hace a un lado para dejarme ver el inodoro. Hay una rata enorme ahogada.

—Debía de tener sed —dice riéndose—. Tráeme algo para sacarla... Un leño o, mejor, la pala que está en la tejavana.

—No, quita, ya lo hago yo.

Me calzo unos guantes de goma y agarro a la rata de la cola, pero se me resbala y choca contra las baldosas. Hace un ruido como de globo untado en grasa. Vuelvo a cogerla, esta vez por el lomo, igual que a un gatito, y la lanzo a la pila de rastrojos que aguarda a ser quemada desde hace meses. Me lloran los ojos. Moqueo. Estoy a punto de vomitar.

Mi hijo se aleja por el sendero que conduce a la tapia del fondo donde está el portillo que se abre a la calle.

Me quedo mirando las manchas de sol reflejadas en la hierba.

El comedero de los gorriones yace casi oculto bajo el manzano, abatido por alguna ventisca. Parece decirme que si los deseos y la constancia no caminan de la mano, la maleza de la vida cotidiana arruina cualquier ansia de belleza.

De pronto noto una especie de brisa, el soplo de una compañía: mi madre recoge fresones para su nieto; mi padrino, con sus lentos gestos y sus escasas palabras, planta dalias; mi padre abate con su hacha el peral seco, la parra estéril, la tenaz hiedra que engorda en los muros de mampostería, las descocadas ramas de la palmera.

Las tres siluetas se elevan como jirones de niebla bajo el sucio cielo de marzo. En mi cabeza —como los acordes y los murmullos en las bóvedas de los teatros— se arremolinan las voces de mis mayores, las palabras que eran básicas para ellos: uralita, perejil, familia, hacer, hoyuelo, guisantes, lagartija, ayudar, geranios, azuela, semillas, recoger, agua, común, floración, dar. Quisiera arrancar del pasado esas imágenes, pero el pasado es un espacio inasible y la memoria no puede más que depredarlo torpemente con sus tramposas uñas.

Cuando lo permita el viento quemaremos los abrojos y la basura, con tierra y todo, y luego esparciremos las cenizas entre las flores y al pie de los frutales.

Cierro la puerta de la casa. Leo su nombre, esos azulejos decorativos incrustados en el umbral: Miramar.

Un Miramar entre muchos: el palacio de la bahía San Sebastián, un pueblo de Valencia donde vive una amiga, un restaurante en el monte Artxanda y una discoteca en La Habana, un castillo en Trieste, el hostel de la novela de Naghib Mahfuz en Alejandría, y playas y ciudades. Todos homónimos, pero un único rincón para mí. Sin embargo,

tengo la sensación de que cada vez pertenezco menos a este lugar.

He tenido una pesadilla.

Había una colonia de ratas debajo de mi cama. Intentaban trepar por las sábanas. Sus colas, hechas una madeja, se adherían entre sí con una sustancia viscosa y ellas chillaban bajo el colchón rascando el piso furiosamente.

En un relato de Víctor Hugo titulado *La torre de las ratas*, el pueblo, convertido en manada de ratas, acaba con el arzobispo Hatto. En ese caso representan la venganza de los campesinos contra los crímenes del tirano; en mi caso significan desasosiego. Odio a esas obsesas: cuando éramos niños y jugábamos en el vertedero, aniquilaban a las palomas que criábamos en nuestro fortín.

Cuentan los marineros que a la sazón había ratas para dar y tomar en todos los barcos. En cierta ocasión oí comentar a uno que, siendo él grumete, se despertó en su catre al sentir un peso en el pecho y que, en cuanto abrió los ojos, una rata le mordió en la cara. Se puso tan enfermo que el patrón ordenó regresar a puerto pues el muchacho había empezado a orinar sangre.

Según el cuaderno de bitácora del cirujano del *Advance*, Elisha Kent Kane, habiendo quedado su navío encallado entre los hielos del Ártico, las ratas se convirtieron en una grave amenaza para la tripulación, que encendió una fogata en la sentina con el fin de asfixiarlas. Solo murieron unas pocas. Camada tras camada, estaban tan hambrientas como los hombres. Entonces el capitán ordenó soltar al perro más fiero en la bodega, pero fue en vano: aquellas malditas le devoraron las patas en un santiamén. Tuvieron que taparse los oídos para no escuchar los aullidos de su

mascota. Finalmente, parece ser que capturaron un zorro que sí que dio buena cuenta de las endemoniadas.

No voy a solucionar nada con trampas, eso me explican en la ferretería, que lo mejor es cebar a las intrusas con veneno.

—Sale algo más caro, pero no falla. Si lo prueban un par de veces, fin de la invasión. Tú tranquila, que no las vas a encontrar despatarradas. Las ratas se esconden para morir.

El milagroso remedio consiste en unos terrones azulados con consistencia de torreznos. Compro un paquete y reparto el contenido en la planta baja y arriba. Me apresuro.

Al salir reparo en la grieta de la terraza, más ancha cada año que pasa: las raíces de la palmera están quebrando el pavimento.

Maldita palmera, solía decir mi padre. Si pudiera, la talaría ahora mismo.

La plantó mi abuelo a finales de los cincuenta por encargo de los dueños. El terreno pertenecía a una familia adinerada que lo usaba para solazarse al aire libre. Mis abuelos se ocupaban de la finca a cambio de la mitad de la cosecha y de los huevos de las gallinas que criaban. Hoy ya no se ve el mar desde aquí porque construyeron bloques de viviendas enfrente.

Cuando yo era niña, la palmera me llegaba a la altura de la cabeza. Solía invitar a mis amigas para que la admiraran puesto que en el pueblo había únicamente dos o tres, traídas todas ellas por marinos.

Mucho tiempo después, cuando los sucesores pusieron Miramar en venta, *aitabitxi*, mi padrino, lo compró para hacer perdurar nuestro vínculo con ese pedazo de tierra. Era un hombre sensible. Hizo instalar en la primera planta de la casita varios anaqueles donde clasificar su colección